

La esperada continuación de *Pídeme lo que quieras*

MEGAN MAXWELL

PÍDEME

lo que

QUIERAS

y yo te lo daré



 esencia

NO APTO
PARA
MENORES
DE 18 AÑOS

*Pídeme lo que quieras
y yo te lo daré*

*Pídeme lo que quieras
y yo te lo daré*

Megan Maxwell

© Megan Maxwell, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Silver Spiral Arts - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Carlos Santana

Primera edición: noviembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14756-5
Depósito legal: B. 22.955-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para Jud, Eric, Mel y Björn, porque ellos me
han hecho entender que las cosas que merecen
la pena en la vida nunca son sencillas.
Y para las Guerreras Maxwell, por recibirme
siempre con los brazos abiertos.
Mil besotes,*

MEGAN



Calor..., ¡madre mía, qué calor me está entrando!

Eric Zimmerman, mi amor, mi marido, mi deseo, mi todo, me mira juguetón.

La gente nos rodea mientras tomamos una copa en la barra del atestado local.

Estamos felices. La última revisión de los ojos de mi amor, tras regresar de pasar las Navidades en Jerez con mi familia, ha ido viento en popa. Su problema en la vista es una enfermedad degenerativa que se agravará con el paso de los años, pero de momento todo está controlado y bien.

—Por ti y por tus preciosos ojos, corazón —digo levantando mi copa.

Mi alemán sonrío, choca su copa con la mía y murmura con voz ronca, el muy ladrón:

—Por ti y por tus maravillosos jadeos.

Sonrí..., sonrío.

¡Adoro a mi marido!

Llevamos cinco años juntos y la pasión que sentimos el uno por el otro es intensa, a pesar de que en los últimos meses mi gruñón favorito esté demasiado pendiente de Müller, su empresa.

En este instante, Eric está ansioso de mí. Lo sé. Lo conozco. Y, mientras pasea la vista por mis piernas, veo el morbo en su mirada. Ese morbo que me pone a mil y me hace disfrutar.

Sé lo que quiere, lo que anhela, lo que desea, y yo, sin dudarle, sentada en el taburete, se lo doy. No quiero esperar más. Con un gesto erótico, me subo la falda de mi sensual vestido negro y abro las piernas para él. Para mi amor.

Eric sonrío. ¡Me encanta su sonrisa pícaro! Y, antes de que pregunte, susurro:

—No llevo.

Su sonrisa se amplía al saber que no llevo bragas. ¡Qué bribón! Entonces, tras acercarse a mí, pasea su boca por la mía y murmura poniéndome a cien:

—Me encanta que no las lleves.

Segundos después, sus manos recorren mis muslos posesivamente y con seguridad. Tiemblo.

Mi respiración se acelera, mi cuerpo se enciende y, cuando siento cómo esas manos que adoro se desplazan hacia la cara interna de mis piernas, cierro los ojos y jadeo.

Eric sonrío..., yo sonrío y doy un pequeño saltito sobre el taburete cuando su dedo separa los labios de mi vagina y se introduce en mi interior.

¡Oh, Dios, cómo me gusta que lo haga!

Cierro los ojos extasiada por el momento y el juego. Ese morboso, caliente y apasionado juego que, ahora que somos padres, nos permitimos menos de lo que nos gustaría pero, cuando lo hacemos, lo disfrutamos con frenesí.

—Pequeña...

Pequeña... ¡Mmm! Me fascina que me llame así.

—Pequeña, abre los ojos y mírame —insiste con su voz ronca cuando saca el dedo de mi interior.

Su voz... Adoro su ronca y fascinante voz con ese acento alemán que tiene, y, sin vacilar, hago lo que me pide y lo miro.

Estamos en el Sensations, un local *swinger* de intercambio de parejas que frecuentamos siempre que podemos y donde dejamos volar nuestra fantasía y alimentamos nuestros más lujuriosos deseos.

Hemos quedado con Björn y Mel, nuestros grandes amigos. Unos amigos con los que compartimos, además del día a día, una parte de nuestra morbosa y caliente sexualidad, aunque entre Mel y yo nunca ha habido nada, ni lo habrá.

Eric se mira el reloj y yo lo miro también. Las diez y veinte.

Veinte minutos de retraso y, sin dudar, mi amor saca su móvil con su única mano libre, pues la otra la tiene entre mis piernas, hace una corta y rápida llamada y, cuando cuelga, dice metiéndose el teléfono en el bolsillo del pantalón oscuro:

—No vienen.

No pregunto el porqué, más tarde me enteraré.

Sólo deseo disfrutar del placer que me ocasiona lo que la mano de mi amor hace entre mis piernas, y más cuando lo veo mirar hacia un grupo de hombres y sé lo que piensa. Sonrío.

En el Sensations hay muchos conocidos con los que hemos disfrutado del sexo, pero también hay desconocidos, lo que lo hace más interesante. Me fijo en un hombre alto de pelo oscuro que tiene una bonita sonrisa, y sin dudar lo digo:

—El moreno de la camisa blanca que está con Olaf.

Eric lo observa durante unos segundos, sé que lo analiza y, finalmente, con gesto pícaro, pregunta antes de coger su copa:

—¿Él y yo?

Asiento mientras continúo sentada en el taburete. Me acaloro y, segundos después, el moreno, que, todo sea dicho, físicamente está muy bien, se planta a nuestro lado tras una seña de Eric.

Todos los que estamos allí entendemos el lenguaje de las señas, y durante varios minutos los tres hablamos. Se llama Dennis y es amigo de Olaf. Y, aunque nosotros no lo hemos visto antes, nos comenta que ha estado en el local en alguna ocasión.

Una vez que Eric y yo decidimos que nos agrada la compañía de aquél para que entre en nuestro juego, mi amor pone la mano en uno de mis muslos y Dennis, sin dudar, posa la suya en mi rodilla. La masajea. Soy consciente de cómo mi marido observa lo que hace, cuando lo oigo decir en tono íntimo:

—Su boca es sólo mía.

Dennis asiente, y sé que ha llegado el momento que los tres estábamos buscando.

Sin dudar, me bajo del taburete y Eric me agarra con fuerza de la mano y me besa.

Echamos a andar hacia los reservados, y los gemidos gozosos y excitantes procedentes del interior comienzan a llenar mis oídos.

Gemidos de placer, goce, gustazo, regocijo, éxtasis, felicidad, lujuria, diversión.

Todos los que estamos en el Sensations sabemos lo que queremos. Todos buscamos fantasía, morbo, desenfreno. Todos.

Durante el camino, noto cómo la mano de Dennis se posa en mi trasero. Lo toca y yo se lo permito y, al llegar frente a una puerta donde hay un cartel en que se lee SALA PLATA, los tres nos miramos y asentimos. Sobran las palabras.

Es la sala de los espejos. Una sala más grande que otras del local, con varias camas redondas y sábanas plateadas donde, mires a donde mires, te ves a ti mismo en mil posiciones gracias a los espejos.

No soy nueva en esto pero, en el momento de entrar en una sala, mi cuerpo se eriza, mi vagina se lubrica, y sé que voy a disfrutar una barbaridad.

Una vez dentro de la habitación, compruebo que la luz es más tenue que en el resto del local, y vemos a otras personas practicando sexo. Sexo morbosos, caliente y pecaminoso. Una clase de sexo que mucha gente no entiende, pero que yo veo como algo normal, porque lo disfruto y espero seguir disfrutándolo durante mucho tiempo con mi amor.

Nada más cerrar la puerta, miramos a los dos hombres y a la mujer que se divierten al fondo de la habitación. Oír sus jadeos y sus cuerpos chocar y liberarse es, como poco, excitante. Eric me agarra posesivamente por la cintura y murmura en mi oído:

—Enloquezco al pensar en poseerte así.

Ufff..., ¡lo que me entra!

Llevamos juntos varios años, pero el efecto Zimmerman sigue en mí.

¡Me vuelve loca!

Acalorada por el momento, sonrío. Sin soltarme de la mano, Eric camina hacia una de las camas redondas, donde hay varios preservativos y, al llegar junto a ella, se sienta y me mira.

Yo me quedo de pie ante él cuando Dennis, que está detrás de mí, se acerca y me agarra por la cintura para pegarme a su cuerpo. Su erección, a través de la ropa, me hace saber lo mucho que me desea. Sus manos se pierden en el interior de mi vestido. Me toca. Toca mis pechos, mi vagina, mi trasero, y Eric nos contempla. La mirada velada de morbo de mi amor por lo que ve me vuelve loca.

Entonces, oigo que Dennis dice en mi oído con su particular acento:

—Me gusta que no lleves bragas.

Apenas puedo dejar de mirar a Eric, que nos observa. Disfruta con lo que ve, tanto como yo disfruto con lo que la situación me hace sentir.

Nuestra compenetración sexual nos hace estar bien. Que me toque ese hombre o que otra mujer lo toque a él en esos encuentros sexuales no nos encela porque siempre lo hacemos juntos. Eso sí, fuera de nuestros juegos, y en el día a día, los celos ante cualquiera que simplemente nos mire o nos sonría nos hacen discutir acaloradamente. Somos raros, lo sé. Pero Eric y yo somos así.

Una vez ha recorrido con lascivia mi cuerpo, Dennis saca las manos de debajo de mi ropa y, tras desabrochar un fino corchete en el lateral de mi cintura, me abre el vestido y, segundos después, éste cae y me quedo completamente desnuda.

Ni bragas, ni sujetador. Tengo claro a lo que voy y lo que quiero, ¡olé por mí!

Los ojos de mi amor se achinan de deseo, y yo sonrío. Lo miro y siento cómo su respiración se acelera ante lo que muestro sin ningún tipo de pudor. Sin perder un segundo, se levanta de la cama y comienza a desnudarse. ¡Bien!

Primero se quita la camisa.

Madre mía..., madre mía..., cómo me gusta mi marido.

Con una sonrisita que me calienta hasta el alma, se descalza, después se desabrocha los pantalones y, tras quitárselos, los calzoncillos caen también.

Ante mí queda mi Dios, mi amor, mi gilipollas particular, y me estremezco al ver su erección.

Si estuviera en Facebook, pondría un «Me gusta» muy... muy grande.

Noto que Dennis hace lo mismo que Eric ha hecho segundos antes. Lo siento moverse detrás de mí y sé que se está desnudando.

¡Bien, estoy deseando que me hagan suya!

Una vez los tres estamos desnudos, Dennis y Eric se colocan frente a mí, orgullosos de sus cuerpos. Sus gestos lo dicen todo y, dando un paso al frente, me arrodillo ante ellos, cojo sus duros y tersos penes con las manos y los paseo con dulzura por mi mejilla.

Veo cómo se estremecen ante lo que hago, mientras yo pienso que en breves instantes serán para mí, sólo para mí.

Segundos más tarde, siento la mano de Eric en mi cabeza y, después, la de Dennis. Ambos me masajean el cuero cabelludo animándome a que mime lo que tengo entre las manos. Por eso, primero uno y después otro, introduzco sus penes en mi húmeda y caliente boca y disfruto del morbo que esa acción me provoca.

Los noto temblar, tiritar, vibrar con lo que mi boca y mi lengua les hacen, y me gusta. Me siento poderosa.

Sé que en ese instante soy yo la que tiene el poder, y así estamos varios minutos, hasta que suelto sus más que duros penes. Eric me hace levantar del suelo para que lo mire y susurra excitado:

—Dame tu boca..., dámela.

La petición de mi amor es lo que más deseo.

Mi boca es su boca. Suya.

Su boca es mi boca. Mía.

En el sexo nos unimos hasta ser sólo una persona. Totalmente entregado a mis deseos, Eric chupa mi labio superior, después el inferior y, tras darme un mordisquito que me hace sonreír, murmura mientras las manos de Dennis se pasean por todo mi cuerpo y se introducen en todos los recovecos:

—¿Te gusta, Jud?

Asiento. ¿Cómo no voy a asentir?

De pronto, las manos de mi guapo marido y las de aquel extraño se unen y juntos me tocan lentamente hasta volverme loca. Y entonces oigo a Eric decir:

—Dennis, siéntate en la cama y ofréceme a mi mujer.

El aludido hace lo que mi amor le pide.

Me hace sentar sobre él de cara a Eric. Me flexiona las piernas y, tras pasar las manos bajo mis muslos, me abre para Eric, y entonces éste dice sin dejar de observarme:

—Después seré yo el que te ofrezca a él. ¿De acuerdo, Jud?

Asiento..., asiento y asiento.

Enloquezco con el morbo que eso me ocasiona. Con Eric a mi lado, me encantará ser ofrecida a quien él quiera.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo al sentir cómo mi amor se acerca, flexiona las piernas para ponerse a mi altura y, de un fuerte empujón, me penetra.

Yo grito de placer. El sexo nos gusta fuertecito y, para facilitar-nos el momento, Dennis me sujeta con firmeza mientras Eric se aprieta contra mí en busca de ese placer extremo que nos enloquece y nos hace ser él y yo.

Mis pezones están duros, mis pechos se mueven a cada embestida de mi amor, y Dennis, encantado con lo que ve, dice cosas en mi oído que me ponen a mil y que deseo que haga.

Sin descanso, Eric prosigue con sus embestidas. Siete..., ocho..., doce...

Nuestras miradas se fusionan y lo animo a que siga, a que me empale, a que me folle como sé que nos gusta, y lo hace. Lo disfruta, lo vive, lo saborea, tanto como lo hago yo.

Pero el placer me va a hacer explotar, mientras observo el autocontrol de mi amor.

A pesar de estar poseído por la excitación del momento, Eric siempre mantiene el autocontrol. No como yo, que me descontroló en cuanto la lujuria me posee. Por suerte para mí, ambos lo sabemos, y también sé que a él le gusta que en esos instantes yo sea loca, desinhibida, excesiva e insensata.

Sin embargo, en el tiempo que llevamos juntos —a pesar de todo y de mi carácter español, que me hace ser completamente opuesta a mi alemán—, en cierto modo he aprendido a controlar, dentro de mi descontrol. Sé que es raro entender lo que digo, pero es verdad. A mi modo, ya controlo.

El tiempo pasa, mis jadeos suben varios decibelios, y Eric, enloquecido, me agarra por la cintura y me arranca de manos de Dennis, por lo que quedo suspendida en el aire. No aparta su azulada mirada de mí, y me maneja a su antojo sin dejar de clavarse una y otra vez en mi interior.

¡Qué placer! ¡Nadie sabe poseerme como Eric!

Como puedo, me agarro a su cuello, a ese duro y fuerte cuello alemán que me vuelve loca.

Uno..., dos..., siete... Toda yo vibro.

Ocho..., doce..., quince... Toda yo jadeo.

Veinte..., veintiséis..., treinta... Toda yo grito de placer.

El calor que las embestidas de mi amor me producen me quema las entrañas.

Al oírme y ver mi expresión, mi marido enloquece de deleite. Lo sé. Lo disfruta. Lo pongo a cien.

Sólo tengo que ver su mirada para saber que le gusta lo que ve, lo que siente, lo que da y lo que recibe. Y cuando, segundos después, mi chorreosa vagina tiembla por su posesión, tengo convulsiones y, tras un grito de goce increíble, mi amor sabe que he llegado al clímax.

Gustoso, se para a observarme. Le gusta ver mi placer y, cuando consigo regresar a mi cuerpo, después de subir al séptimo cielo, lo miro con una sonrisa que me llena el alma.

—¿Todo bien, pequeña? —pregunta.

Asiento..., no puedo hablar, y Eric, que es consciente de ello, dice:

—Adoro ver cómo te corres, pero ahora nos vamos a correr los tres, ¿de acuerdo, Jud? —Asiento de nuevo, sonrío, y Eric murmura mientras me besa—: Eres lo más bonito de mi vida.

Sus palabras...

Su galantería...

Su manera de amarme, de mirarme o de seducirme me calienta de nuevo hasta el alma.

Él lo sabe y sonrío, me muerde el labio inferior y, al tiempo que mueve la cadera, vuelve a profundizar en mí y yo vuelvo a gritar. La Jud malota ha aflorado y, clavándole los dedos en la espalda, susurro jadeante mientras lo miro:

—Pídeme lo que quieras.

Esa frase...

Esas palabras lo vuelven tan loco como a mí y, deseosa de que enloquezca más, insisto:

—Folladme los dos.

Mi amor asiente, y noto cómo le tiembla el labio de lujuria mientras mis terminaciones nerviosas se reactivan en décimas de segundo y toda su potencia viril me hace entender que él y sólo él es el dueño de mi cuerpo y de mi voluntad.

Con deleite y sin salirse de mí, mi amor mira a Dennis, y oigo que dice:

—Sobre la cama hay lubricante. Vamos, únete a nosotros.

Al oír eso, mi vagina se contrae y rodea el pene de Eric. Ahora es él quien jadea.

Dennis se pone uno de los preservativos que hay encima del colchón. Cuando acaba, coge el bote de lubricante. Yo sigo empalada por mi amor y sujeta a su cuello. Ninguno de los dos nos movemos, o no podríamos parar. Esperamos a nuestro tercero.

Dispuesto a disfrutar también, Dennis me da un par de cachetes en el trasero que pican pero que a Eric le hacen sonreír. Abre el bote de lubricante y, mientras lo unta en mi trasero e introduce un dedo en mi ano, dice para que lo oigamos los dos:

—Muerdo por entrar en este precioso culito.

Eric y yo nos miramos e, instantes después, mi amor me separa las nalgas y me ofrece a él. Dennis coloca la punta de su pene en mi ano y Eric murmura:

—Cuidado..., con cuidado.

El grueso miembro de Dennis se introduce en mí poco a poco, mientras yo abro la boca para respirar como un pececillo y Eric, mi controlador amor, me observa para asegurarse de que todo está bien. No hay dolor. Mi ano ya está dilatado y, segundos después, los dos me tienen totalmente empalada. Uno por delante y otro por detrás. Esa posesión, de pie, es algo nuevo para mí, algo que sólo he hecho un par de veces y, cuando mi amor comienza a moverse, yo grito de placer y me dejo poseer.

Quiero que me manejen...

Quiero que me hagan gritar de gustazo...

Quiero correrme de placer...

Eric y Dennis saben muy bien lo que se hacen. Saben dónde está el límite de todo juego y, sobre todo, saben que soy importante y que ante el más mínimo dolor han de parar.

Pero el dolor no existe. Sólo existe el goce, el morbo y las ganas de jugar.

—No te corras todavía, Jud —pide Eric al ver cómo tiemblo.

—Espéranos —insiste Dennis a media voz.

Jadeo... ¡Anda que es fácil lo que piden!

Mi cuerpo se rebela. ¡Quiere explotar!

El orgasmo en el interior de mí quiere reventar de placer, pero intento buscar mi autocontrol, ese que creo tener, y esperarlos. He de hacerlo. Sé que, llegado el momento, el éxtasis será más enloquecedor. Más devastador. Más embriagador.

Durante varios minutos nuestro inquietante juego continúa.

Tiemblo... Tiemblan.

Jadeo... Jadean.

Mi cuerpo se abre para recibir a esos dos adonis con lujuria, y me dejo llevar y manejar.

¡Oh, Dios, cómo lo disfruto!

Cómo me gusta lo que me hacen y cómo me gusta sentirme llena de ellos.

Sí. Eso es lo que quiero. Eso es lo que me gusta. Eso es lo que deseo.

Sin descanso se mueven, buscan su satisfacción, me dan placer, jadean y resoplan hasta que ambos y casi al unísono dan un alarido agónico al clavarse en mí. Entonces sé que el momento ha llegado y por fin me permito explotar.

Mi cuerpo se relaja, mi grito me libera y siento que los tres subimos al cielo de la lujuria mientras vibramos dentro de nuestro propio éxtasis. Sin lugar a dudas hemos conseguido lo que buscábamos: morbo, lascivia, fantasía y sexo. Mucho... mucho sexo.

Durante horas, disfrutamos sin limitaciones de todo aquello que nos gusta, nos pone, nos excita, hasta que, tras una noche plagada de voluptuosidad y sensualidad en el Sensations, nos despedimos de Dennis, y confirmo que es brasileño.

Cuando salimos del local y caminamos hacia el coche, pregunto por nuestros amigos Björn y Mel. Eric tuerce el gesto y me explica que a Björn le han vuelto a piratear la web de su bufete. Eso

me sorprende. Ya es la tercera vez en menos de un mes. Nunca entenderé a los *hackers*.

¿Qué ganan haciendo eso?

A las tres de la madrugada llegamos a nuestra casa en Múnich. Estamos agotados pero felices.

Una vez metemos el coche en el garaje, *Susto* y *Calamar*, nuestros perros, vienen a saludarnos como si llevaran meses sin vernos. ¡Qué exagerados son!

—Estos animales nunca van a cambiar —protesta Eric.

Mi alemán adora a nuestros cariñosos bichitos, pero en ocasiones tanta efusividad lo agobia.

Hay cosas que no cambian, y aunque sé que Eric ya no podría vivir sin ellos, siempre protesta cuando lo babosean, por eso él se queda en el interior del vehículo mientras yo salgo y me deshago en cariños con nuestras mascotas.

De pronto comienza a sonar música en el interior del vehículo y yo, sin mirar, sonrío. Mi chico, mi loco amor, sabe que adoro *A que no me dejas*,* la canción que interpretan mi Alejandro Sanz y Alejandro Fernández. ¡Vaya dos titanes!

Cuando oigo que se abre la puerta del coche, lo observo y cu-chicheo divertida al verlo salir de él:

—¿Quieres bailar, Iceman?

Mi rubio sonrío. Dios, ¡qué bonita sonrisa tiene!

Estos tontos momentos, estos bailecitos románticos que tanto me gustan, no se repiten con la frecuencia que querría, pero mirando a mi amor me desahogo como una tonta y sonrío. Sin duda, cuando quiere, Eric lo hace muy... muy bien.

Me encanta cómo se acerca a mí con su gesto serio, me pone a cien, y, obviando a *Susto* y a *Calamar*, recorre lenta y pausadamente mi cintura con sus grandes manos, me acerca a él y comenzamos a bailar esa increíble canción.

Rodeados por la música, nos movemos en el garaje mientras nos comemos con a los ojos y tarareamos con una sonrisa aquello

* *A que no me dejas* (Feat. Alejandro Fernández), Universal Music Spain, interpretada por Alejandro Sanz y Alejandro Fernández. (N. de la E.)

de «A que no me dejas».* Sin duda, ni yo lo dejo, ni él me deja a mí. Discutimos, nos peleamos día sí, día también, pero no podemos vivir el uno sin el otro. Nos amamos de una manera loca y desesperada como creo que nunca volveremos a amar a nadie.

Cuando la canción acaba, Eric me besa. Tiemblo excitada. Su lengua recorre el interior de mi boca de forma posesiva y, cuando damos por finalizado nuestro apasionado beso, lo oigo murmurar contra mis labios:

—Te quiero, pequeña.

Asiento..., sonrío y, extasiada por las increíbles cosas que me hace sentir siempre que se pone tan romancón, murmuro:

—Más te quiero yo a ti, corazón.

Una vez nos recomponemos, nos despedimos de *Susto* y *Calamar* y, cuando Eric me da la mano para entrar en casa, digo quitándome los altos zapatos de tacón:

—Dame un segundo. Los tacones me matan.

Al oírme, mi alemán sonrío y, como soy una pluma para él, me coge entre sus brazos y comienza a subir la escalera conmigo. Ambos reímos. Al llegar a la primera planta, Eric se para ante la habitación de Flynn, abre la puerta, lo vemos dormir y sonreímos orgullosos de nuestro adolescente de catorce años.

¡Qué rápido crecen los niños!

Hace nada era un ser bajito de carita redonda y pósteres en las paredes del juego manga Yu-Gi-Oh!, y ahora es un joven larguirucho, delgado, con pósteres de Emma Stone en su armario y esquivo con nosotros. Cosas de la edad.

Después, vamos a la habitación que comparten Eric y Hannah y, al abrir la puerta, Pipa, la interna que nos echa una mano con ellos, se levanta de la cama y dice:

—Los tres niños duermen como angelitos.

Eric y yo sonreímos.

Angelitos..., lo que se dice angelitos no son. Pero no los cambiaríamos por los mejores angelitos del mundo.

Con amor, miramos al pequeño Eric, que ya tiene casi tres

* Véase la nota de la pág. 17. (N. de la E.)

años y es un trasto que todo lo toca y todo lo rompe, y a la pequeña Hannah, que tiene dos y es una gran llorona, pero nos sentimos los padres más afortunados del mundo.

Un par de minutos después, Eric y yo entramos en nuestra habitación, nuestro oasis particular. Allí nos desnudamos y vamos derechos a la ducha, donde nos mimamos y nos besamos con adoración. Luego nos acostamos y nos dormimos abrazados, agotados y felices.

A la mañana siguiente, cuando Eric me despierta y me anima a levantarme, estoy hecha unos zorros.

Vamos a ver, ¿por qué antes podía pasarme la noche en vela, de juerga, y ahora, cuando salgo, al día siguiente me cuesta tanto reponerme?

Sin lugar a dudas, y como diría mi superhermana Raquel, ¡cuchufleta, la edad no perdona!

Y es cierto.

Hasta hace un tiempo mi cuerpo se recuperaba rápidamente, pero ahora, cada vez que trasnocho, al día siguiente estoy fatal.

¡Me hago mayor!

Los niños, que ya se han levantado, nos esperan con Pipa y Simona en la cocina.

Mientras se viste, Eric me mira y dice:

—Vamos, dormilona. Levanta.

Yo miro el reloj y resoplo.

—Pero si sólo son las nueve y media, cariño.

A través de mis pestañas, veo cómo él sonríe y se acerca a mí.

—De acuerdo —responde—. Sigue durmiendo, pero luego no te quejes cuando te cuente las graciosas pedorretas que hace Hannah o las risas del pequeño Eric por la mañana.

Pensar en ellos me reactiva el alma. Sólo podemos desayunar los cinco juntos los fines de semana y, como adoro a mis niños, me levanto y murmuro:

—Vale. Espérame.

Eric me observa y sonríe cuando camino hacia el baño.

Me miro al espejo. Mi aspecto deja mucho que desear: pelo revuelto, ojos hinchados y gesto agotado. Aun así, en lugar de regresar de nuevo a la cama, me lavo la cara, los dientes y, tras recogerme la melena en una coleta alta, vuelvo a la habitación.

—Quiero mi beso de buenos días —exige Eric mirándome.

Encantada por su petición, lo beso, lo beso y lo beso y, cuando mi respiración se acelera, él murmura mimoso:

—Me sabe mal decirte que no, pero los niños nos esperan.

¡Aísss, los niños...! Desde que tenemos niños y Eric está tan centrado en la empresa, nuestros momentos locos como el de la noche anterior bailando en el garaje casi se han esfumado, aunque cuando los tenemos son ¡lo mejor!

Me entra la risa. ¿Por qué mi marido me pone a cien a cualquier hora del día?

Con mirada de víbora divertida, me separo de él y me pongo rápidamente una bata. No es lo más sexi del mundo, pero es lo más socorrido a estas horas.

Una vez listos, mi chico me cede el paso para que vaya delante de él y, en cuanto salimos de la habitación, me da un azote en el trasero y murmura cuando yo lo miro:

—Anoche lo pasamos bien, ¿verdad?

Asiento.

—Tú y yo siempre lo pasamos bien —respondo enamorada de él como una colegiala.

Sonríe..., sonrío y, cogidos de la mano, nos encaminamos hacia la cocina.

Al entrar, Flynn, mi mayorzote, que ahora no da besos porque le parecen absurdos, protesta cuando intento besuquearlo.

—Mamáaaaaaaa, por favorrrrrrrr —dice huyendo de mis brazos.

—Dame un beso, que lo necesito —insisto para hacerlo rabiar.

Pero mi niño, que ya está en plena edad del pavo, me mira y dice con tono de reproche:

—Jolines, ¡para de una vez!

Su gesto me hace reír.

¿De quién habrá sacado ese carácter gruñón y serio?

Finalmente me acerco a mi pequeño Eric, a ese pequeño rubiales que algún día será un tipo duro como su padre, y me lo como a besos. Él, al igual que su hermano Flynn, retira el rostro. No le gusta que lo achuchen, pero a mí me da igual, ¡lo achucho doblemente!

Con el rabillo del ojo veo que Simona y Pipa sonrían. Siguen sin entender mi carácter español de besuquear a todo el que puedo. Una vez acabo con el niño, me voy derecha a Hannah, que al verme sonrío.

¡Me la como!

A pesar de que es una gran llorona, cuando Hannah no llora tiene la sonrisa más bonita del planeta. Es morenita como yo, pero la tunanta tiene la misma expresión intrigante de Eric, y eso me encanta. Me emociona. Me fascina.

Una vez he achuchado a mis tres pequeños amores, me siento a la mesa de la cocina y Flyn dice:

—¡Menuda juerguecita te has pegado, mamá! Tu cara lo dice todo.

Oír eso me hace sonreír.

¡Si él supiera!

Sin lugar a dudas, mi adolescente se fija en todo, y mientras Eric coge a Hannah para besarla con amor, respondo:

—Cariño, sólo te diré ¡que me lo pasé genial!

—Y tú, papá, ¿también lo pasaste genial? —veo que pregunta Flyn curioso.

Eric lo mira. Se queda estático y, al ver su gesto desconcertado, decido responder por él:

—Tan bien como yo, Flyn. Te lo puedo asegurar.

Al oírme, mi marido me mira, sonrío y yo le guiño un ojo con complicidad mientras le quito al pequeño Eric el chupete de su hermana.

Durante un buen rato, a pesar de que Pipa y Simona están con nosotros, Eric y yo nos encargamos de dar de desayunar a nuestros pollitos. Son adorables. Pero mi instinto de madre hace que escanee a Flyn, y me doy cuenta de que me observa tras sus pestañas oscuras y lo noto inquieto.

Bueno..., bueno... ¿Qué habrá hecho esta vez?

Desde hace unos meses, la actitud de Flyn con respecto al mundo en general ha cambiado. Se pasa media vida pegado al teléfono móvil y al ordenador mientras interactúa con las redes sociales. Eso saca de sus casillas a Eric y en ocasiones dis-

cute con él, pero Flynn siempre se sale con la suya y sigue con sus cosas.

Sin embargo, mientras doy de desayunar al pequeño Eric, soy consciente de que algo pasa, y su mirada me hace saber que oculta algo.

Con cautela, observo a mi marido. Por suerte, está tan ensimismado con las pedorretas de Hannah mientras le da la papilla que no se ha percatado de la mirada de Flynn.

La cuchara que tengo en la mano se me cae. El pequeño Eric, Superman, como lo llama su tío Björn, me ha dado un manotazo y, tras pellizcarle el moflete, me levanto a coger una cuchara limpia antes de que Simona o Pipa me la den. Eso me ofrece la oportunidad de acercarme a Flynn.

—¿Qué te pasa? —cuchicheo.

Él no me mira, pero responde:

—Nada.

—¿Has discutido con Dakota?

El gesto de Flynn se ensombrece. Dakota es su novieta, una niña encantadora, compañera de colegio.

—Dakota ya es pasado —replica él entonces, sorprendiéndome.

Yo lo miro boquiabierta.

—Pero... pero, cariño, ¿qué ha pasado?

Flynn me mira como si fuera un bicho raro. Seguro que piensa que soy la última persona del universo a la que le contaría lo que ha pasado con su novieta.

—Nada —responde.

—Pero, Flynn...

—Mamá..., no quiero hablar de ello. Dakota es una sosa, una estrecha y...

—Flynn Zimmerman —lo corto—. ¿Cómo puedes decir eso de esa chica tan encantadora?

La madre que lo parió. Estrecha, dice el mocosito. ¡Hombres!

Y, cuando voy a añadir algo más, aclara con gesto serio:

—Para tu información, ahora salgo con Elke.

—¿Elke? —pregunto de nuevo perpleja—. ¿Quién es Elke?

—Joder...

—Eh..., ¿has dicho «joder»? —protesto dispuesta a regañarlo.

—¿Qué cuchicheáis vosotros dos? —oigo entonces que pregunta Eric.

Flyn y yo lo miramos al unísono y, con el mayor gesto inocente, decimos a la vez:

—Nada.

Sin apartar los ojos de nosotros, Eric sonrío y, antes de meterle a Hannah otra cucharada de papilla en la boca, murmura:

—Vosotros y vuestros secretitos.

Me hace gracia su comentario. Tiene razón. Aunque Flyn ya no me cuenta tantas cosas como antes, sí que es cierto que ve en mí un primer apoyo y eso, aunque a Eric le gusta, sé que en el fondo le escuece un poquito.

Una vez hemos terminado de darles el desayuno a los enanos, Flyn me mira y pregunta:

—¿Nos vamos?

Su pregunta me hace sonreír.

Los sábados por la mañana es nuestro momento de salir con las motos y divertirnos por el campo, por lo que miro a Eric y digo:

—¿Te vienes?

Mi amor me clava su mirada. Después mira a Hannah y a Eric y finalmente dice al ver cómo Flyn desaparece de la cocina:

—Hoy no. Tengo que atender un par de llamadas de...

—¿Es sábado, Eric! —protesto—. Hoy no trabajas.

Mi marido sonrío y aclara poniendo los ojos en blanco.

—Será algo rápido, cielo. Además, prefiero quedarme con los pequeños.

Asiento. No entiendo que deba seguir trabajando, pero sí que desee estar con los niños. Yo estoy toda la semana con ellos y salir el sábado por la mañana con la moto me desahoga. Le guiño un ojo a mi chicarrón y digo:

—De acuerdo. Flyn y yo nos vamos.

Pipa me sustituye rápidamente con el pequeño Eric, mientras que el Eric mayor me coge de la mano, me para y, mirándome con seriedad, dice:

—Tened cuidado.

Asiento. Le guiño un ojo y corro a mi habitación para cambiarme.

Al llegar allí, saco mi equipo de montar en moto. Como siempre, me lo pongo con una sonrisa en la boca y, cuando me ajusto las botas y cierro los broches, mi impaciencia es tremenda.

Cuando acabo, bajo los escalones de dos en dos y corro al garaje. Allí ya me espera Flynn, equipado con su mono azul. Saludo a *Susto* y a *Calamar*, y luego digo mirándolo a él:

—Tienes que contarme quién es la tal Elke.

—Paso.

Su pasotismo últimamente me tiene un poco mosqueada, pero como quiero rérme con él, cuchicheo:

—¿Acaso Elke no es estrecha?

Su mirada a lo Zimmerman me traspasa.

—Vale..., vale... —suspiro—. Eso es cosa tuya, pero al menos me contarás qué ha ocurrido con Dakota, ¿no?

Sin contestar, Flynn se pone el casco y, mirándome, pregunta:

—Hoy que no viene papá, ¿vamos a la pista?

Eso ha tenido gracia. Cuando Eric nos acompaña, solemos pasear con las motos por el campo y hacer pocas locuras. Se pone enfermo si nos ve correr riesgos. Pero cuando él no viene, Flynn y yo nos acercamos hasta una pista cercana de motocross para desfogarnos. Mi niño no es tan osado como yo a la hora de saltar, pero algún saltito que otro da, y yo lo aplaudo cuando veo su cara de satisfacción.

Una vez nos subimos a las motos, salimos del garaje, saco el mando que abre la cancela del bolsillo de mi cazadora de cuero roja y blanca y, tras accionarlo, observo cómo la verja se abre.

Con voz de ordeno y mando, regaño a *Susto*. El muy tunante ya quiere salir corriendo, pero cuando oye que le grito, se sienta junto a *Calamar* y no se mueve. ¡Qué lindo es!

Flynn y yo damos gas y salimos de la parcela. Nos detenemos hasta ver que la verja se ha cerrado y los perros se quedan dentro y, después, aceleramos a toda mecha para dirigirnos a una explanada cercana. Durante un buen rato, disfrutamos con las motos

por el campo, hasta que nos acercamos a la pista de motocross. Allí, como siempre, disfruto y me desfogo. Lo necesito. Estar toda la semana con los niños en casa me genera un estrés que no le deseo a nadie.

Adoro a mis hijos. No los cambiaría por nada del mundo, pero me gustaría que Eric entendiera de una vez por todas que necesito trabajar. El problema es que siempre que lo menciono terminamos discutiendo. Raro, ¿verdad?

Según Eric, no me hace falta. Él me lo da todo, pero yo no quiero eso. Yo quiero hacer algo más que criar niños. Tras nuestra última discusión al respecto, la fecha tope que le di para comenzar a trabajar se está acercando, y me imagino que volveremos a tener una buena pelea. Lo intuyo.

Agotada tras dar varias vueltas por la pista y saltar obstáculos, finalmente paro la moto, me quito el casco y espero a Flyn.

Una vez está a mi lado, hace lo mismo que yo, y entonces abro una pequeña mochila que llevo a la espalda y saco unas botellitas de agua. Estamos sedientos. Una vez saciada la sed, me apoyo en la moto y pregunto:

—Muy bien. Cuéntame, ¿qué ha pasado con Dakota?

Mi hijo resopla —eso se lo he pegado yo—, y al ver que no le quito la vista de encima, responde:

—Dakota es una cría..., eso es todo. —Su respuesta me sorprende y, cuando ve que voy a decir algo, añade—: Y, si no te importa, no me apetece hablar de ello.

—Pues me importa —replico con sequedad.

Lo miro a la espera de que me lo cuente cuando el muy sinvergüenza suelta:

—¡Joder, mamá! Es mi vida privada.

Molesta por su tono, más que por la palabrota, contesto:

—Es la segunda vez esta mañana que dices una palabra que no me gusta, pero menos me ha gustado el tonito que has empleado. Si te pregunto por Dakota es porque la conozco, es una buena niña y...

—Y a mí ya no me gusta porque me aburre. ¿Qué quieres que te diga?

Vale..., está claro que Dakota es pasado. Me apena. Es una chica encantadora y me gustaba bromear con ella. Pero quiero entender lo que ocurre, así que insisto:

—Muy bien. No hablemos de Dakota. ¿Quién es Elke? Porque, que yo recuerde, nunca te he oído mencionar ese nombre.

El gesto de Flyn se suaviza y, con una media sonrisa, murmura:

—Elke es increíble. Es guapa, divertida y está buenísima.

El término me deja alucinada, pero procuro ser precavida cuando pregunto:

—¿Ha llegado nueva este año al instituto?

—No.

—¿Entonces?

—Está repitiendo curso y, antes de que preguntes —dice el muy sinvergüenza—, lo está haciendo porque sus padres se separaron el año pasado y ella no lo llevó bien.

Ver cómo la defiende me hace sonreír, y finalmente, tras dar un trago de agua, murmuro:

—Flyn, me preocupo por ti porque te quiero.

El crío asiente. No sonríe como otras veces y, sin importarle mi momento sensiblero, se pone el casco y dice sin mirarme:

—Me parece muy bien. Oye, ¿qué tal si te vas a dar unos saltos y regreso dentro de una hora?

—¿Qué?!

Mi evidente sorpresa porque quiera quitárseme de encima hace que Flyn añada:

—Mamá, me gustaría ir con la moto a ver a Elke, pero no quiero que vengas conmigo. Ya no soy un crío, y no necesito una niñera.

Anda, mi madre, ¡mira el mayor!

Oír eso me hace gracia, pero no estoy dispuesta a despegarme de él cuando va con la moto o Eric podría despellejarme viva, así que respondo:

—Pues lo siento, guaperas, pero cuando vas en moto yo soy tu sombra. Si quieres ver a Elke, vamos a casa, te cambias de ropa, dejas la moto y...

—¡Joder, qué cortarrollos eres!

Su falta de tacto me incomoda y, sujetándole el brazo, lo obligo a que me preste atención.

—¡Te estás pasando! —siseo.

—Vamos..., no seas pesadita.

Su contestación vuelve a molestarme. Desde que comenzó en el nuevo instituto, Flynn está cambiando.

—Oye, mocoso... —gruño enfadada—. ¡Haz el favor de tener un poquito de educación conmigo, que soy tu madre, no un colega! Pero ¿qué narices te pasa últimamente?

Noto la tensión de su cuerpo. Conozco esa mirada retadora. Malo..., malo... Y, sin ganas de liarla más, me pongo el casco y digo:

—Vamos, regresemos a casa. Se acabó el motocross por hoy.



A pesar de las discusiones que provocan sus diferentes caracteres, el empresario Eric Zimmerman y Judith Flores siguen tan enamorados como el día en que sus miradas se cruzaron por primera vez. Juntos han formado una preciosa familia a la que adoran y por la que son capaces de hacer cualquier cosa.

Flyn, aquel niño al que Judith conoció al llegar a Múnich, se ha convertido en un adolescente, y tal como les ocurre a la mayoría de los jóvenes, su vida se complica y afecta a todos los que conforman su entorno.

El abogado Björn y la exteniente Mel continúan con su bonita historia de amor junto a la *pínsesa* Sami. Sin duda, la convivencia les ha beneficiado mucho. Pero hay algo que Björn no consigue de Mel: que se case con él.

Las relaciones de las dos parejas van viento en popa. Se quieren, se respetan, nada parece fuera de lugar, hasta que de repente, personas y sorpresas del pasado irrumpen en sus vidas y lo ponen todo patas arriba.

¿Serán capaces de superar este giro inesperado? ¿Podrá con todo el amor que se profesan?; o, por el contrario, ¿cambiarán sus sentimientos para siempre?

Si quieres averiguarlo, no te pierdas *Pídeme lo que quieras y yo te lo daré*, la esperadísima continuación de la serie más morbosa, erótica y sensual de Megan Maxwell.

www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

